

López Rodríguez, María Esther (2019). *Cruzar la línea: mujeres gitanas, entre la identidad cultural y la identidad de género*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza. ISBN 978-84-1340-007-5, 264 páginas

Ana Bellido Alamar<sup>1</sup>

**M**ientras que la cuestión de género ha ido tomando gran relevancia y reconocimiento en la esfera pública, política y académica en los últimos años en nuestro país, a raíz del proceso de larga lucha feminista, otras cuestiones como la étnico-racial, continúan siendo importantes asignaturas pendientes en un territorio marcado por la presencia histórica de comunidades excluidas y perseguidas por el racismo, como es la comunidad gitana. En el libro de María Esther López Rodríguez, profesora de sociología de la Universidad de Zaragoza, *Cruzar la línea: mujeres gitanas, entre la identidad cultural y la identidad de género*, podemos observar como tales resistencias desde los márgenes (del patriarcado, del espacio intercultural) se entrelazan para dar forma a identidades y posiciones complejas para los sujetos en la intersección, las mujeres gitanas, quienes han de vivir entre marcos de conducta y valores contradictorios para desarrollarse como individuos y ubicarse con respecto a su comunidad y el contexto intercultural.

El libro presenta un análisis de la compleja posición de las mujeres gitanas que se encuentran en la intersección entre su identidad étnica y comunitaria de resistencia, frente al peligro de la asimilación y desintegración, y su identidad de género e individual, en el marco de valores de carácter más tradicional de la comunidad gitana y sus formas concretas de control social de carácter patriarcal, así como en su interacción con los espacios interculturales antigitanos que las rechazan, estereotipan, encasillan y juzgan, dictándose para ellas diferentes identidades, valores y trayectorias a un lado y otro de la línea, es decir, dentro y fuera de la comunidad, que requiere de un proceso de reflexión, negociación y sacrificio en la construcción de las trayectorias vitales. Como señala el texto, tal choque de marcos e identidades es propio de la complejidad que imprime la sociedad actual sobre el sujeto y los diferentes contextos de socialización que se le superponen (familiar, laboral, escolar, virtual...). Podemos ver, sin embargo, como tales choques y disonancias son mayores para aquellos colectivos cuyos esquemas propios, transmitidos en la socialización primaria, hayan quedado excluidos de las esferas públicas dominadas por otros grupos, y todavía más nocivos para aquellos ya excluidos en la definición misma de los marcos del propio grupo, situaciones que se unen en el caso de las mujeres gitanas.

En su primer capítulo, el libro aborda la cuestión de la identidad cultural de grupos étnicos minoritarios, y repasa brevemente la historia de las relaciones interculturales en relación al colectivo gitano en

<sup>1</sup> Ana Bellido Alamar, Universitat de València, ana.98.ba@gmail.com.

nuestro país, marcadas por estigmas, persecuciones, prejuicios, y marginalización, fenómenos que ayudan a comprender el estado actual de la relación minoría-mayoría, marcada por la desconfianza mutua y el temor a la desintegración y asimilación por parte del grupo minoritario, que lucha por mantener su identidad propia en un contexto social mayoritario que la penaliza y deslegitima.

En este contexto histórico, la identidad de resistencia gitana queda hasta cierto punto aislada del contexto donde se encuentra la mayoría, es decir, mantiene sus propios valores, jerarquías, normas y modos de sociabilidad a menudo endogámicos, para los que necesita sus propias pautas de control social que encaucen las trayectorias vitales dentro de los marcos de la identidad gitana legitimada por el grupo. Esta sociabilidad que podríamos llamar «paralela» en el grupo minoritario es lo que permite entonces dibujar la imagen de una línea que cruzar, la línea entre dos contextos culturales diferenciados dentro y fuera del grupo, que sucede tras una fase de socialización primaria fundamentalmente intragrupal, suponiendo una posterior socialización secundaria en la que entrarían en juego los valores y normas de la mayoría.

La cuestión educativa no es el foco de atención de este libro, que no se encarga de aquello que sucede en las escuelas de forma directa, pero permite dar cuenta de la gran relevancia de la educación a la hora de hablar de las dificultades que se interponen a las personas gitanas en nuestro país (teniendo en cuenta que casi el 70% de alumnado gitano abandona los estudios de secundaria de forma temprana una vez superados los 16 años [p. 90]), y de las posibilidades de esta como factor reproductor, así como (des)integrador o (des)legitimador y herramienta emancipadora.

Así, la escuela es un eje esencial en la identidad en construcción de las mujeres gitanas en el momento que han de articular la identidad cultural y la identidad de género, sus intereses como mujeres, sujetos independientes y como miembros de su comunidad. Es precisamente la escolarización la primera ocasión en la que se da ese cruce al que hace referencia el título del libro, ya que introduce a las niñas en el entorno intercultural dominado por los valores del grupo mayoritario, en oposición a los valores del grupo cultural propio no solo en cuanto a lo que a género se refiere (la autora identifica un patriarcado que se mantiene más tradicional en el interior del grupo, mientras que ha ido alterándose de forma considerable en las últimas décadas por lo que respecta al conjunto de la sociedad, marcando ideas diferentes del papel de las mujeres a ambos lados de la línea), sino también en cuanto a los valores fundamentales, ya que para el grupo mayoritario impera un marcado individualismo propio de las sociedades capitalistas modernas, mientras que en el minoritario existiría un gran peso de la solidaridad orgánica, el sentido comunitario, y otros valores que definirían la cultura gitana y habrían permitido su desarrollo fuera de los parámetros impuestos desde el exterior y que permiten la continuidad de esta comunidad.

El cruce de líneas supone un peso especial para estas mujeres, dado que las jerarquías de poder intragrupales son también patriarcales, por lo que el control social sobre ellas es fuerte, y requiere de ellas el cumplimiento de mandatos relacionados a su rol de madres y cuidadoras. El cruce de la línea supone, sin embargo, la contraposición de valores alternativos, y ofrece a las mujeres gitanas mayor autonomía e independencia en la construcción del propio yo, lo que ha llevado a cuestionamientos de mandatos tradicionales. En este cuestionamiento se interpondrán mecanismos de control grupales, como la penalización, la estigmatización o el rechazo, al considerarse ciertos avances personales de las mujeres gitanas como un rechazo a su identidad cultural, una muestra de egoísmo o de falta de respeto. Frente a ello, las mujeres gitanas deben hacer equilibrios entre sus propios deseos (lo que la autora llama «ser para sí») y sus deseos

de reconocimiento por parte del grupo («ser para otros»), que supone la integración, la comunidad, la participación y la legitimación.

Por lo tanto, las mujeres gitanas se enfrentan a una serie de decisiones estratégicas sobre su propia identidad, que, en un extremo, las llevaría a la sumisión completa a su rol de género a cambio del reconocimiento grupal generalizado de su identidad como gitanas, y, en el otro, al aislamiento del grupo, la soledad y la pérdida de sus redes de apoyo y sociales, a cambio de poder marcar sus propios caminos como mujeres. A través de la observación y diálogo con mujeres gitanas de la ciudad de Zaragoza, la autora apunta a la falta de una identidad como sujeto para sí, mujer y gitana, que implique la autonomía personal plena así como el reconocimiento y la legitimidad, la participación en la comunidad y sus redes de solidaridad, ya que, tanto a un lado como a otro de la línea, las mujeres gitanas se ven enfrentadas al requerimiento de sacrificar una de sus identidades para continuar moviéndose por cada espacio sin enfrentarse a grandes resistencias continuas, ya que «transitan por caminos paralelos que al confluir chocan lateralmente empujando casi fuera del camino a una de las partes: unas veces al sujeto, otras a la comunidad» (p. 178).

Es por ello que el cruce de la línea supone entonces el retorno y la salida constantes, no es un acto definitivo en la mayoría de los casos, sino que se trata de una serie de decisiones y reflexiones a lo largo del proceso de desarrollo personal sobre aquello que es relevante para la propia identidad, sobre lo que significa ser gitana, respecto a los valores y las normas del grupo, respecto a las relaciones con la mayoría. En este proceso de construcción de la trayectoria, las mujeres gitanas reinterpretan su propia cultura como sujetos activos y conjugan de maneras diferenciadas ese ser para sí que atiende a deseos personales de autonomía y ese ser para otros que atiende a deseos de participar y ser reconocidas por el grupo. Para ello idean negociaciones y sacrificios, aplazamientos de mandatos, incumplimientos, formas de aparentar y otras mediaciones que les permitan ser fieles a sí mismas y mantenerse en el grupo con la menor penalización posible. La educación es aquí un elemento de gran relevancia, ya que muchas señalan sus deseos de continuar los estudios y, con ello, la necesidad de aplazar o incumplir mandatos de la adultez de la mujer gitana, como el pedimiento o el matrimonio, ya que ven en la educación una herramienta de promoción social de sí mismas, de autonomía e independencia, así como de promoción del grupo, ya que su formación puede aportar al grupo visibilidad y asistencia.

Sin embargo, el colectivo gitano sufre un alto índice de abandono escolar, debido a que en la escuela los alumnos gitanos se enfrentan a dificultades añadidas, como la soledad en las aulas, la conjugación de esta con los mandatos y roles intragrupal que supone el choque entre el *habitus* del centro y el *habitus* familiar, tomando aquí la influencia conceptual de Bourdieu, el estigma de «apayamiento» frente al percibido peligro de asimilación a través del entorno escolar. Por lo tanto, la escuela en sí parece ser un entorno hostil para la comunidad gitana, pero de ella depende también parte importante de la promoción de esta y de sus miembros, como herramienta de movilidad social. Así, las mujeres gitanas se encuentran asediadas por dinámicas raciales, de género y, en muchos casos, también de clase en sus trayectorias vitales, que generan rechazos a diferentes elementos de sus identidades en cada uno de los contextos sociales en los que se mueven. Frente a esto, se desarrolla un proceso de construcción identitaria que requiere de alta reflexividad y estrategia, una consciencia y atención elevada sobre la imagen externa de sí mismas de cara a ambos grupos, que genera importantes tensiones internas para el sujeto, de acuerdo con las tensiones impuestas por el grupo y la mayoría desde cada lado de la línea. Esto supone una especie de exposición doble a estándares y vigilancias patriarcales (así como racistas, en un lado de la línea), llevando

a formas diferenciadas en cada espacio de auto-vigilancia y auto-regulación en sus estrategias de encaje, una disciplina panóptica específicamente femenina, retomando la lectura sobre Foucault de Bartky, y específicamente gitana, en este caso, para cumplir estándares de lo que supone ser una buena mujer a cada lado de la línea, siendo parte de la conciencia femenina que la vigilancia a la que se someten es diferente a la que se someten ellos (lo que se aplica también a la vigilancia por ser gitanas al otro lado de la línea). Así como para Bartky el ideal disciplinario del cuerpo femenino es imposible porque exige trascender la naturaleza, es también imposible alcanzar los ideales de la «buena mujer», que requieren partir el propio yo de la mujer gitana.

Con ello, podemos discernir, entre el análisis de la compleja realidad y estrategias de las mujeres gitanas para conjugar sus identidades y contextos, el problema de racismo en la escuela actual, que mantiene a través de sus valores, modelos de sociabilidad y contenidos un enfoque etnocéntrico que rechaza y genera desafección por parte de grupos racializados, que sufren las disonancias entre mayoría y minoría a través de una escuela pensada desde y para esta mayoría. Esto ha resultado en la visión de personas de peso en comunidades gitanas de la escuela como un riesgo de desarraigo, lo que ha limitado las posibles trayectorias de las generaciones jóvenes y, sobre todo, de las mujeres. Así, las mujeres con las que ha trabajado la autora perciben que «se pierden las raíces cuando sigue siendo invisible la presencia de contenidos culturales en el sistema educativo, también la excesiva dependencia de la oralidad» (p. 217), lo que ha contribuido a una pérdida del sentido de lo que es la cultura gitana más allá de ritualidades unidas a decisiones individuales, que, por lo tanto, se ven más altamente controladas.

Con todo esto, una escuela que no es capaz de integrar la población gitana, como colectivo visible en el currículo académico, así como un colectivo histórico legitimado en su especificidad cultural, no solo ha reproducido la desigualdad entre la minoría y la mayoría y ha limitado la movilidad de clase de la población gitana, sino que es también un factor contribuyente a los problemas intracomunitarios que reportan las mujeres gitanas respecto a su autonomía. De este modo, las mujeres que han participado en las observaciones y discusiones que posibilitan este libro perciben que la cultura gitana es algo actualmente «contaminado de prejuicios y anclado en algo muy pequeño dentro de la mujer gitana: demasiada responsabilidad» (p. 217). Todo esto acentúa el peso que supone para ellas cruzar la línea, junto con el control social intragrupal hacia sus trayectorias vitales, al acentuarse la presión externa asimilacionista sobre el grupo y la dificultad de preservar su identidad cultural. La sociedad mayoritaria necesita, pues, responsabilizarse de crear entornos realmente igualitarios que reconozcan y legitimen la cultura gitana, no solo como un elemento folclórico y puntual, sino como una perspectiva activa en la construcción y desarrollo de tales entornos, aliviando esta responsabilidad que recae en las mujeres gitanas de preservadoras de su cultura frente a la amenaza de la asimilación del grupo.

En conclusión, una reflexión como la que nos ofrece este libro sobre la realidad específica de las mujeres que viven en esta intersección de identidades es necesaria para poder emprender el camino hacia una sociedad realmente inclusiva e igualitaria. La visión que nos ofrece la autora es una mirada cercana a esta realidad, que, como nos señala, ha ido transcurriendo invisibilizada para la mayoría, y que nos puede apuntar algunas de las tensiones y puntos clave de esta posición que ocupan las mujeres gitanas. Además, se mantiene en referencia constante a las perspectivas directas de las mujeres junto las que ha trabajado la autora, pensando desde sus intereses, valores, vivencias y reflexiones, que dibujan sus relaciones con mayoría y minoría, haciendo eco de sus propias voces a través del libro.

La autora señala que los déficits educativos que afectan a la comunidad gitana «responden a un combinado de causas individuales y contextuales, de déficit de implicación del colectivo y de los actores del proceso en una causa, la continuidad escolar ajena a los valores esenciales del grupo, de carencias metodológicas y pedagógicas orientadas al grupo, de falta de estrategias comunicativas integradoras; con todo esto, la mirada al tema género en el contexto educativo, requiere algo más que buenas políticas públicas y motivación, sino además un proceso de reflexión interno o cambio de mentalidad en cuanto a la relación continuidad educativa-cumplimiento de la tradición. La búsqueda del sentido como colectivo y como aceptación del individuo» (p. 95).

Es decir, la lucha de las mujeres dentro de la comunidad gitana por la autonomía y el reconocimiento es necesaria para el cambio interno, que permita un paso más fácil por el mundo educativo, al abrirse al reconocimiento del individuo. Sin embargo, como se ha apuntado antes, las mujeres gitanas reconocen que el peso de la preservación y supervivencia de su cultura recae en ellas de forma individual, sobre sus decisiones personales. Así, se señala también la necesidad de trabajar por una educación que recoja la cultura gitana y permita su transmisión y reconocimiento, y aligere así la desconfianza hacia la escuela y la responsabilidad personal de conservación de la cultura, con modelos de enseñanza que sean capaces de dar cabida a las diferencias culturales y faciliten a las mujeres gitanas un sentido de aceptación y comprensión de sus experiencias desde la institución educativa, lo que supone también un replanteamiento de los valores desarrollados a espaldas de la comunidad gitana que se presentan como monolíticos, sobre todo en lo que se refiere a pensar la relación entre autonomía e individualismo, para poder ofrecer una visión de la autonomía individual de las mujeres que no se presente como atomización y separación de la identidad cultural, sino que pueda existir activamente en ella.

Existe, pues, la necesidad de mitigar tal choque cultural que existe en la educación, legitimando la historia, marcos culturales y las realidades complejas de la población gitana, a la vez que se realiza la transmisión de valores de autoafirmación, autonomía e igualdad de género. Debe trabajarse este acercamiento a la comunidad gitana en la educación a nivel general (para fomentar el interés de alumnos y familias, así como para atender a las carencias materiales de estas, y para aliviar la soledad y aislamiento en las aulas), que ya ha resultado exitoso en acciones concretas de acompañamiento a estudiantes y familias como el Programa Promociona de la Fundación Secretariado Gitano (con casi el 90 % de participantes finalizando la ESO).

*Cruzar la línea* visibiliza la presión por este choque intercultural, por la falta de comprensión de la mayoría hacia la minoría, que se encontraría en el punto inicial de la conflictiva relación entre ambas, mirando en su análisis especialmente a los procesos en el interior del grupo minoritario. Por lo tanto, ayuda a comprender la visión desde dentro de esta relación, los efectos nocivos de ella sobre las trayectorias vitales y la construcción de la identidad personal y, con ello, a poder pensar las carencias de un sistema educativo que inspira apatía o inseguridad en un sector de nuestra población.

## Referencias bibliográficas

Bartky, Sandra (1998): “Foucault, femininity, and the modernization of patriarchal power” en Irene Diamond y Lee Quinby (Edits.): *Feminism and Foucault: Reflections on Resistance*. Boston: Northeastern university Press.

Berger, John (1972): “3” en John Berger: *Modos de ver*. Barcelona: Gustavo Gil.

Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean-Claude (1964). *Los herederos: los estudiantes y la cultura*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.

Fundación Secretariado Gitano (2013): “Dossier: Educación. N.º 6”. *Gitanos: pensamiento y cultura* (66-67), 39-62.

Fundación Secretariado Gitano (2019). *Promociona cumple 10 años trabajando por el éxito educativo de las niñas y niños gitanos*. (en línea). <http://gitanos.org/actualidad/archivo/129783.html>, consultado el 18 de mayo de 2020.